

LA ORACIÓN

6

“Es más lo que confunde que lo que divierte”

Confiando en Dios

Una de las cosas que hemos aprendido es que no sabemos cómo orar. Algunas veces, cuando con “mas fuerzas” oramos, es cuando más nos frustramos. Martín Lutero hizo la siguiente sucinta observación: “No trate de orar con tanta fuerza como para sufrir de indigestión espiritual”.

Puede ser que usted conozca muchas cosas acerca de la oración y aún así no ore. Aprendemos a orar, orando. La más grande emoción no es obtener lo que se desea, sino, el ver a Dios actuando en su vida. La gran bendición de la oración no es obtener lo que se desea, sino, ¡el obtener a Dios! El poder de la oración es tener a Dios —hallar las respuestas de Dios y tener la guía de Dios. ¡Cuidado! La orden “IP”, puede que no signifique “Id y predicad”; puede que signifique “Id y poned el arado a trabajar”. Los mandamientos objetivos han de ser sencillamente obedecidos. Lo subjetivo nos puede traicionar. Todos conocemos relatos de horror acerca de misiones, acerca de la construcción de edificios caros y acerca de las finanzas personales. Leemos señales, y sin embargo, las leemos equivocadamente. Luego, se le echa la culpa a Dios, y a la oración se le considera un fracaso. Entre más tiempo vivo, ¡más se me dificulta ver la guía de Dios! Ore por la guía de Dios. Busque la guía de Dios. Luego proceda lentamente. ¡Los predicadores de la televisión me asustan! ¡Sus testimonios me espantan! Oran, y ¡Dios les contesta inmediatamente en “blanco y negro”! Tal no ha sido mi experiencia. Algunas veces, cuando con más fuerza miro, es cuando menos veo. Lo que parecía la providencia de Dios “voló más alto que un cometa de juguete”. Resulta demasiado fácil introducirle

nuestras egoístas voluntades a la interpretación que hacemos de las señales.

Las impresiones sin explicación que se dan bajo las circunstancias correctas, pueden concedernos decisiones y sabiduría, pero no son guías infalibles como las Escrituras. Lo subjetivo es falible y frágil... manéjese con cuidado. Nada de lo que experimentemos estará libre de error. Los sentimientos no deben nunca ser un sustituto del pensamiento y el sentido común. El sentirnos bien acerca de algo puede no significar, que ello es lo que se debe hacer. No hay nada automático en la oración.

Ponga en términos claros, sus oraciones. Ponga en términos claros, la contestación que espera. No obstante, si algo diferente ocurre, ello no significa que Dios no está escuchando. Hay algo que todavía puede aprender. Escudriñe las Escrituras. Escuche a Dios. En la oración se trata tanto de escuchar, como de hablar a Dios. Busque la guía de Dios. Obedezca en humildad. No se deje llevar por las emociones. No vea mensajes donde no los hay.

Nuestra sencilla respuesta para encontrar la guía divina es “[poner] un vellón de lana en la era”. Estudie Jueces 6.36–40 nuevamente. Gedeón había sido llamado por Dios para hacer un trabajo. Dios le había dicho a Gedeón qué era, exactamente, lo que quería. La cuestión no giraba en torno a la guía de Dios. ¡La cuestión giraba en torno a la obediencia! Gedeón no estaba buscando ser guiado, cuando puso el vellón en la era —lo que buscaba era una prueba por parte de Dios. La cuestión no giraba en torno a la necesidad de ser guiado; la cuestión giraba en torno a la confianza y la obediencia. ¡Gedeón era un estudiante especial en el aula de “aprendices lentos” de Dios! La lección no es el vellón de Gedeón, sino, ¡la paciencia de Dios! Gedeón ya había sido llamado por un ángel. Dios ya había obrado milagros. *No fue fe lo que el vellón mostró, sino, duda.*

No obstante, no juzgue a Gedeón duramente.

Los tiempos eran, ciertamente, difíciles. ¿Dónde estaba Dios? Gedeón era un “ignorante don nadie”. Se sentía intimidado. Estaba siendo honesto.

Los Salmos constituyen nuestro libro de oraciones. La oración espiritual no es santurronería sin sentido. La oración verdadera la constituyen los honestos sentimientos de un hombre que está herido. No era tanto que Gedeón desconfiara de Dios sino que él no podía confiar en sí mismo. El vellón de lana no resuelve nuestros problemas. La confianza y la obediencia sí lo hacen. El enseñarle a alguien a nadar conlleva el riesgo del agua. Gedeón no conocía bien a Dios. “Hay más fe en la duda honesta que en todas nuestras oraciones”. La fe no es ciega. La oración no es un cuento de hadas. Gedeón tuvo que aprender que nadie es “demasiado pequeño” para que Dios lo pueda usar —sino más bien, que uno puede ser “demasiado grande”. Confíe en Dios, no en los sentimientos. Son muchos los que buscan ser vistos por los demás, y no buscan dejarse ver de Dios. La voluntad de Dios nunca le llevará adonde la gracia de Dios no lo puede retener. No trate de componer previamente la oración como en un funeral. Puede ser que usted no tenga las respuestas, pero tiene a Dios.

La oración intercesora

Lucas 22.31–34

Yo no sé cómo orar. Si lo supiera, no tendría necesidad de orar. Yo no sé cómo orar; por lo tanto, no puedo enseñarle cómo orar. Sé poco; ni siquiera sé lo que creo que sé. Lo que sí sé es que tenemos la oportunidad de hacer *oración intercesora*: podemos orar unos por otros. ¡Esto es *sobrecogedor*;

¡*Asombroso!* Esta lección tiene que ver con el corazón y el problema de la oración —la intercesión a favor de los demás. La intercesión es rogar a alguien en favor de un tercero. Esto fue lo que una dama observó sabiamente: “Oro por otros porque soy tan débil, ellos tienen tanta necesidad, y Dios responde la oración”. ¡*Amén!* ¿Cómo puede mi oración hacerlo cambiar a usted? ¿Viola esto la libertad personal? En la oración intercesora están implícitas la soberanía de Dios y las más nobles de las intenciones del hombre caído. El orar por otros es la más profunda, altruista, idealista y generosa de las acciones. ¡Esto es *tanto* el hombre, como Dios dando lo mejor de sí! La más grande oración no es

una lista de cosas que deseo que me den, sino, una oración sincera por otros. Evalúe sus oraciones. ¿Son a favor suyo, o de otros? Las oraciones intercesoras son nuestras más ardientes oraciones. El acto de interceder es un impulso ancestral de raíces vitales. Es también una radiografía de nuestras almas. ¿Cómo puede uno pedirle a Dios que haga cambiar a otros cuando no estoy dispuesto a cambiar yo mismo? Por esta razón es que, la escritura de estas lecciones ha sido tan difícil. La oración no es meramente pedirle a Dios su ayuda —es un compromiso a cambiar personalmente.

“No dejes nada de mí mismo en mí”. La oración intercesora puede que no haga cambiar a otros, pero me hará cambiar a mí. ¿Por qué será que somos tan negligentes en la oración? Ello refleja nuestro temor general a la intimidad, lo cual a su vez es responsable de nuestra carencia de amistades profundas, y de hecho también es responsable de toda la desnutrición de la vida espiritual. ¡La oración intercesora exige grandes amistades! La bondad, la compasión, y el amor demandan intercesión. En los problemas maritales la mayoría ora así: “Dios haz cambiar a mi cónyuge”. La oración intercesora genuina dice: “¡Dios hazme cambiar a mí, hazme cambiar a mí *primero!*”. El decir “Hágase tu voluntad” no es resignación estoica. La oración no hace que las situaciones cambien automáticamente. Sólo Dios hace que las cosas cambien. Sólo Dios hace que las circunstancias cambien; él siempre con gran gusto nos querrá hacer cambiar. Orar es cambiar. La oración verdadera no es otra cosa más que amor. “Ora bien, el que ama bien”.

En Lucas 22.31–34, Cristo oró por Pedro. Esta oración no impidió que Pedro cayera, sin embargo, ¡Pedro regresó! La siguiente pregunta sería: “¿Oró Cristo por Judas como lo hizo por Pedro?”. Esto nos lleva al problema de la oración intercesora. Jesús oró para que Pedro no cayera, ¡cuando reveló que ello es lo que iba a ocurrir! ¡Las más grandes de nuestras oraciones son las que hacemos por otros!

LA ORACIÓN INTERCESORA ES BÍBLICA

Más atrás, en la Biblia, el venerable Job comprendía y practicaba la oración intercesora. Diariamente intercedía ante Dios por sus hijos (Job 1.5). Dios perdonaría a los tres amigos, solamente a través de las oraciones de Job (Job 42.7–9).

No debemos nunca olvidar las profundas oraciones de Moisés. A éste se le conoce por sus muchas grandes cualidades —pero su vida de oración está más allá de toda comparación. Si desea mejorar sus oraciones, ¡estudie a Moisés! ¡Éxodo 32 es un capítulo monumental! Da a conocer a

Dios. ¡Da a conocer a Moisés! ¡Da a conocer la oración! Israel había pecado en Sinaí con rebelión y con el ídolo del “becerro de oro” que había sido hecho por Aarón. La ira de Dios se revela cuando los hombres pecan. Dios le informó a Moisés que él consumiría a Israel en su enojo y levantaría una nueva nación de Moisés en lugar de Abraham. Esto lo estimula a uno a pensar. Los poderes, los títulos, y las recompensas son difíciles de declinar. No hay cura para “la fiebre del Potomac”¹ en el ámbito de la política. Moisés se atrevió... se arriesgó... la emprendió cara a cara con Dios... 1) Se rehusó a aceptar el nuevo estatus. 2) Le citó la Biblia a Dios (un procedimiento asombroso). Le recordó a Dios la promesa que le había hecho a Abraham, Isaac y Jacob. 3) ¡Qué profundo era el conocimiento que Moisés tenía de Dios! ¡Le recordó que tuviera cuidado con su ira y que se arrepintiera! ¡El hombre regañando a Dios! 4) ¡Dios cambió (no fue Moisés)! ¡Increíble! Moisés ganó porque él tenía la verdad y amaba a su pueblo. Su preocupación era la reputación de Dios y la salvación de Israel. Más adelante, Israel fue condenado, luego salvado; y sin embargo ¡ellos no se dieron cuenta de esta conversación entre Dios y Moisés! ¡No se dieron cuenta hasta dónde llegó la ira de Dios, ni oyeron la oración de Moisés!

¿Hasta qué punto serán tocadas nuestras vidas por las oraciones de otros? ¡Ore por mí! Moisés no solamente salvó su nación, sino que también restauró a su hermano Aarón, y a su hermana María, por medio de la oración (Números 12.13). Moisés salvó a Israel, nuevamente, en Números 14.13–19. Cuando ellos se rebelaron, Moisés oró —y Dios perdonó. Son veintinueve las instancias en las que leemos acerca de la oración, en el ministerio de Moisés.

Esdras y Nehemías confesaron los pecados de sus padres y de su nación, luego intercedieron. Jesús oró por Pedro. Él vive para siempre para interceder por nosotros (Hebreos 7.25). ¡Jesús todavía ora! ¡Por nosotros! A Pedro se le pidió que orara por el pecador Simón el mago (Hechos 8.12–24). Es jocoso el incidente que se encuentra en Hechos 12. Jacobo había sido martirizado, y Pedro estaba en la cárcel. Los hermanos se habían reunido para orar. Dios había permitido la muerte de Jacobo, pero había impedido la de Pedro. Pedro fue salvado por un ángel. Se dirigió a la misma casa en la que

¹ Nota del Traductor: El autor se refiere a la ambición de algunos, por llegar a las esferas del poder político de la nación estadounidense, cuyas principales sedes de gobierno se aglutinan sobre las riberas del río Potomac.

las oraciones se estaban ofreciendo. ¡Sólo la muchacha pudo creer que se trataba de Pedro! Esto demuestra algunos problemas no resueltos de la oración.

Santiago dijo que nos confesáramos nuestras ofensas unos a otros y que oráramos unos por otros (Santiago 5.13–16). Esto es lo más práctico que podemos hacer como iglesia. Hemos de amar a nuestros enemigos y orar por ellos (Mateo 5.43–48). Hemos de orar por los predicadores (1 Tesalonicenses 5.25). La falta de oración, por parte de los miembros de la iglesia, resulta en la falta de poder en el púlpito de la misma. La existencia de líderes que oran, resulta en seguidores que también oran.

Ore por el mundo. Ore por un despertar. Ore por los enfermos. Demasiado a menudo oramos de manera muy general: “Dios, tú sabes quiénes son”. ¡Claro que lo sabe! Cuando ora por mí, ¿no menciona usted mi nombre? No hay nada que podamos hacer por otros, que sea más importante que el orar por ellos. Amaremos a los hermanos en la medida que oremos por ellos.

¡Hay un momento en el cual hay que dejar de orar! ¡*Ello asusta!* Moisés y Samuel oraron exitosamente por su pueblo. No obstante, Dios le dijo a Jeremías que, si aún Moisés y Samuel oraran por Israel, él no escucharía, debido al pecado del pueblo (Jeremías 15.1). Llega un momento, en una vida endurecida por el pecado, cuando parece que ni la gracia ni la oración pueden tocar a un hombre. Dios, reiteradamente, le dijo a Jeremías que no orara por Israel. Jeremías quería hacerlo, ¡pero Dios se lo prohibió! En una de las más difíciles Escrituras, Juan dijo que se orara por algunos y que por otros no se orara (1 Juan 5.16). Estudie este pasaje en profundidad. Mientras no llegue el momento en que la persona ya está endurecida por el pecado, haga como el antiguo Samuel hacía, ¡y ore! La oración tiene menos que ver con hacer cambiar el mundo, que con cambiar nosotros.

EL EJEMPLO DE CRISTO

¿Cómo aprendió usted a orar? ¿Dónde? Los cristianos se dirigen a la Biblia para aprender a orar. Nosotros aprendemos de Jesús, el “hombre de oración”. Él oraba toda la noche (Lucas 6.12). La oración tiene que ver con conocer a Jesús. Él oraba por otros, especialmente por los doce apóstoles. Jesús oró nuevamente en Juan 17 —no sólo por los doce apóstoles, sino también, igualmente ¡por nosotros! Oró que todos fuésemos uno. ¡El mundo no va a poder ser ganado, mientras la iglesia no sea *una!* (Ore hasta que ya no pueda orar).

Regrese al texto bajo estudio en Lucas 22. ¡Cristo oró por Pedro con el conocimiento de que éste caería! ¡Esto expone el dilema de la oración intercesora! ¡La soberanía de Dios no violará a un agente humano con libertad moral! Mi deseo no anula la conciencia de otro. No reduzca la oración al nivel de la magia: “¡Haz que mi esposa sea perfecta hoy!”; “¡Envía millones de misioneros a Rusia hoy!”. Esto no es fe; esto no es oración. Esto es magia, no es adoración. Esto es una embriaguez de poder, no es sumisión al señorío de Cristo. Esto es superstición, no es una relación profunda, personal, con Dios.

Esta es la razón por la cual fallan, los libros que tratan del “como” de la oración. El cristianismo es fe —no una “teología de recetas”. La oración no es como una buena receta, o técnica, o fórmula. La oración es sumisión a Dios y a su voluntad. La oración es una lucha, es “el gimnasio del alma”. Dios quiere que busquemos la muerte diaria, no un sentimiento de autorrealización (1 Corintios 15.31). Esto último es muerte; lo primero lleva a la vida. Dios está muchísimo más interesado en nuestra santidad que en nuestra comodidad.

¡Una cuestión de tiempo! ¿Podría yo, en mis oraciones privadas, hacer que mi vecino cambie? ¿Debería yo orar por él, a pesar de él mismo? ¿Debería yo orar por él, aun cuando él me ha pedido que no lo haga? ¡Sí! Ore por todos los hombres en todo lugar (1 Timoteo 2.1–2). Ore incluso cuando pecan. Samuel dijo que dejar de orar sería pecado para él (1 Samuel 12.23). Nuestra libertad no es absoluta. Los hombres estamos más adheridos unos a otros que los guijarros sobre una playa —tales guijarros con costos se tocan. Los hombres estamos más entretejidos que las raíces de un campo. Cada palabra hablada, cada libro escrito, y cada obra hecha es una invasión de mi privacidad. ¿Por qué no deberíamos depender de las oraciones de unos y otros?

Ore por los enemigos (Mateo 5.44). En lugar de

odiar a un enemigo, ore por él. La oración intercesora se involucra también en el evangelismo. Esto es lo que Santiago 5.16 dice: “Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho”. La oración y la providencia también van juntas (Colosenses 4.3). Dios abre puertas por medio de contestar las oraciones. Las oraciones fortalecen las buenas obras (2 Corintios 1.11). El corazón de Cristo es la intercesión; el corazón del cristianismo es la intercesión.

LA LISTA DE ORACIÓN DE PABLO

Al mundo le fascinan las “listas”... los ricos, los bellos, los famosos. Existe una estrella de la televisión que tiene su “lista de los diez primeros lugares”. Tales listas son interesantes, pero son virtualmente inútiles. Pablo tenía una lista. La suya era una lista de oración. ¿No le gustaría estar en tal lista? Él oraba por los demás; les pedía que oraran por él (Colosenses 4.3). Pablo oraba por los perdidos (Romanos 9; 10). Pablo era específico, no general. Él mencionaba a los hermanos y a las iglesias por sus nombres.

Ora por la hermandad. Cualquiera en la iglesia que esté convertido a la oración verdadera, convertirá a la iglesia. Pablo se preocupaba por la iglesia (2 Corintios 11.28). Él oraba; no criticaba ni chismeaba. Debemos orar por predicadores, ancianos, maestros y diáconos. Maestros, ¿oran ustedes por sus estudiantes? A Jacobo, el hermano de Jesús, se le conocía por el sobrenombre de “rodillas de camello viejo”, porque él oraba bastante por sus hermanos.

Pablo oraba por el gobierno (1 Timoteo 2.1–3). Pablo oraba por un César que después lo decapitó. ¿No le parecería que oró por César el día que murió? Nada nos da la actitud correcta hacia alguien, tanto como lo hace la oración por el tal. Ore por mí. ■